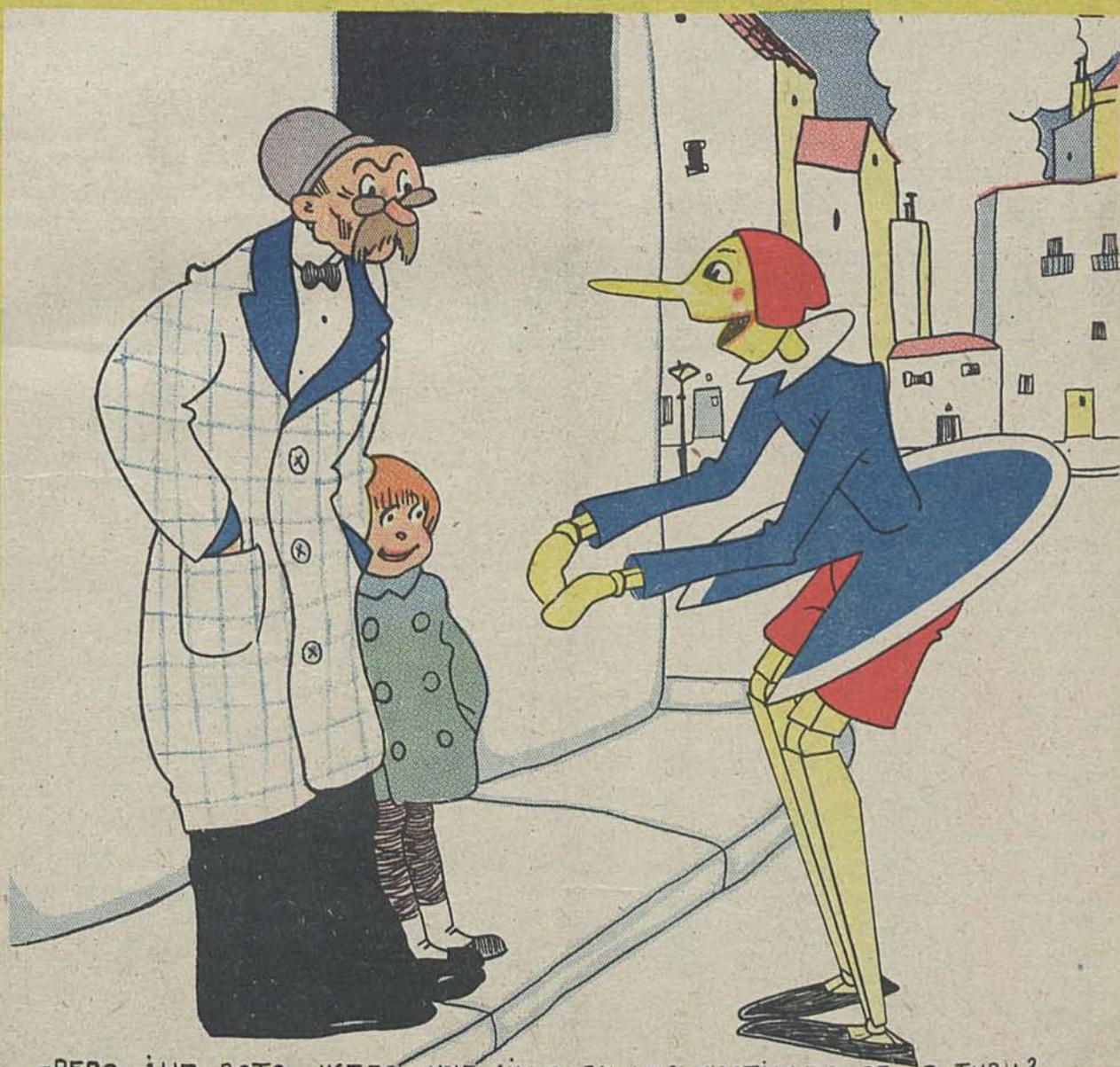


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 283

25 cts

3 AGOSTO
1930



-PERO ¿HA ROTO USTED UNA SILLA EN LAS COSTILLAS DE D. TURU?
-SI. Y LO SIENTO POR QUE ERA NUEVA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





Sin aguardar a más, los tres jinetes, ante el temor de verse asaltados por los indios, lanzaron sus caballos a todo galope, mientras en la sombría garganta se sucedían las descargas a las descargas, repercutiendo lúgubramente en las rocas, que caían a plomo sobre el campamento americano.

Gritos terribles se oían a cortos intervalos: antes de forzar el paso, los *sioux* lanzaban su intraducible grito de guerra, que parecía compuesto de furiosos ladridos.

Ante el *indian-agent* y sus compañeros se abría una especie de cañón flanqueado por enormes grupos de cedros, pinos y otros árboles, y en cuyo fondo oíanse caer multitud de invisibles torrentes.

John, que conocía palmo a palmo todos los territorios de la Unión, pues los había recorrido durante muchos años sirviendo de intermediario entre los indios y los traficantes de las praderas, se lanzó por aquel peligroso camino, gritando a sus compañeros:

—¡Dejad las bridas! ¡Los caballos se guiarán! ¡Por ahora no penséis en el coronel! ¡Él se basta para entendedérselas con los indios! ¡Pequeña, agárrate bien, si no quieres romperte el cráneo! ¡Así! ¡Ahora, al galope!

Maxim montaba un caballo de gran alzada, de ojos ardientes y larga crin, acostumbrado a llevar sobre los lomos un hombre de dos quintales de peso.

El inteligente animal, acostumbrado a las

guerrillas indias, y comprendiendo que su amo corría peligro, se lanzó velozmente por el cañón, manteniendo alta la cabeza y apoyando fuertemente los cascos en el suelo.

Las dos cabalgaduras de Harris y Jorge, toda negra la una y gris con las crines blancas la otra, y ambas de raza española, siguieron al caballo de John.

Ya habían recorrido trescientos o cuatrocientos pasos, saltando las rocas que cubrían el fondo del cañón, cuando, entre los disparos que no cesaban de sonar a lo lejos, los tres voluntarios de la frontera oyeron con profundo estupor voces que gritaban incesantemente:

—¡Coronell! ¡Coronell!

John Maxim detuvo por un momento a su caballo, mientras una cruel sonrisa apuntaba en los labios de la terrible niña.

—¿Has oído, Harris?—preguntó, con voz alterada.

—¡Sí, John!

—¿Y tú, Jorge?

—¡También!

—Los voluntarios llaman al coronel. ¿No es cierto?

—Certísimo—respondieron los dos hermanos.

—¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

—¡Imposible!—dijo Harris—. Está entre sus hombres, y los indios no pueden entrar en el campamento por sorpresa. Fíjate: ya no se oyen más que las descargas.

El *indian-agent* no estaba muy convencido. Además, el viento que silbaba en las montañas impedía oír en aquellos momentos cualquier grito de auxilio que hubieran podido lanzar a alguna distancia.

Los *sioux*, reunidos, seguramente en gran número, en la garganta del *Funeral*, debían de haber dado un asalto furioso, decididos a dejar

en él la vida o a ganar la pradera para unirse con los *chayennes*, que vendrían por Oriente, y a los *arrapahoes*, que lo harían por Poniente, poniéndolo todo a sangre y fuego.

Sin embargo, para tranquilizarse él mismo, dijo John.

—¡Bah! ¡El coronel no es hombre que se deje sorprender por ningún peligro! ¡Anda!—exclamó, aflojando la brida y apretando las rodillas— ¡Sujétate bien, muchachal

Los tres caballos volvieron a emprender la carrera, mientras los gritos de guerra de los *sioux* se oían cada vez más claros y las descargas menudeaban más.

En menos de veinte minutos recorrieron todo el primer cañón, atravesaron una plataforma rocosa, y se internaron en otro cañón más vasto cuyos flancos estaban cubiertos de riquísima vegetación.

Bajo ellos y a notable distancia se extendía la inmensa pradera, paraíso de gigantescos bisontes, de antílopes de fuertes cuernos, y paraíso también del feroz indio, siempre dispuesto a defenderla contra las invasiones del hombre pálido, llamado a destruir la raza roja.

Al final del segundo cañón, los tres jinetes concedieron un breve descanso a sus caballos y escucharon ansiosamente.

En la montaña tiroteaban, y, probablemente, como siempre, los voluntarios de la frontera hacían maravillas contra los *pieles rojas*.

—¡Es una verdadera batalla!—dijo el *indian-agent*, que no lograba tranquilizarse.

—¡Bien podían haber esperado un poco esos perros de *sioux*! ¿Por qué habrán escogido esta noche para intentar el paso de la garganta del Funeral?

—¿Vamos a volver?—preguntó Harris.

—¡De buena gana lo haría, camarada!—respondió el *indian-agent*—. Hemos restado a la defensa del paso tres carabinas que pueden hacer falta, sobre todo las vuestras, que bien sé lo que valen. ¡Que el demonio cargue con el Pájaro de la Noche, con Jalta y con Mano Izquierda! ¡Bien podían dejar tranquilos, sobre

todo en estos momentos, a los hijos del coronel! ¡Pero los indios son malos y vengativos!

—¿Llegaremos a tiempo para salvarles?—preguntó Jorge.

—¡Quién sabe!

—Pues si depende de la velocidad de nuestros caballos, ¡adelante! Ganaremos la llanura, y en seguida intentaremos reunirnos al correo de Kampa.

—Si los indios no nos dan antes caza—dijo Jorge.

—Si los voluntarios los contienen, no tenemos nada que temer—respondió John—. Los otros pasos del Laramie no son a propósito para los caballos, y los *pieles rojas* sin montura no se atreven a ir a la guerra.

Seguían manteniendo el galope, a pesar de que los cañones que se sucedían eran terriblemente salvajes.

Enormes rocas medio ocultas entre el césped cubrían todo el paso, así como otra multitud de grandes masas de granito desprendidas del barranco por el huracán.

Grandes torrentes caían de vez en cuando con ensordecedor ruido, formando multitud de cataratas.

Los caballos hábilmente guiados por sus jinetes, devoraban el camino, no obstante los obstáculos que a cada paso se presentaban, y que otros caballos de raza menos potente no hubieran podido superar.

John que servía de guía y que sentía en la cintura los brazos de la india, se detenía algunas veces para escuchar y aun para arrojar una mirada ansiosa al cañón que dejaba atrás.

Pensaba con creciente angustia en el coronel y en los voluntarios, y se estremecía de horror ante la idea de que los *sioux* hubieran forzado la garganta y hecho irrupción en el campamento.

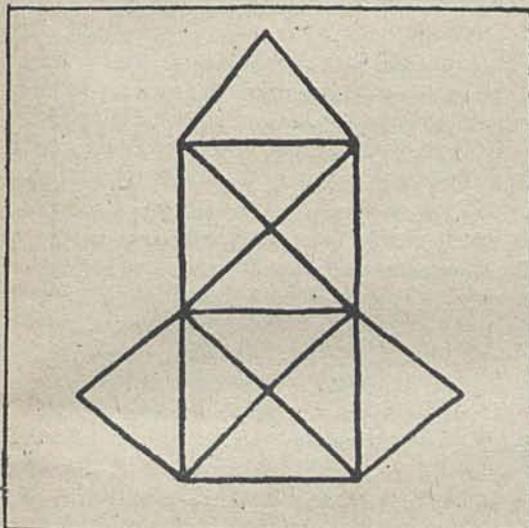
Si esto hubiera sucedido, imaginaba que no tardarían en seguirles centenares y centenares de guerreros sedientos de sangre, como el jaguar de la pradera.

(Continuará en el próximo número).

PARA PASAR EL RATO



UN DIBUJO EXTRAÑO



¡Qué calor hace esta tarde!
 Pero no hay que dejarse dominar por la pereza.
 Agarraos, pues, al botijo y ponéos a trabajar inmediatamente.
 Lo primero que habéis de intentar hacer, una vez que estéis provistos del correspondiente lápiz, es trazar el dibujo adjunto, pero sin levantar el lápiz del papel. De un solo tirón.

En esta misma plana, un poco más abajo tenéis la solución.
 No creo que os cueste mucho trabajo puesto que, pinochistas al fin, sois todos muchachos y muchachas, inteligentes, y para vosotros semejantes problemas son futesas sin ninguna importancia que las resolvéis en menos tiempo del que tarda en persignarse un cura loco.

¡Manos al lápiz, invictos campeones, y que de nuevo el pabellón de Pinocho ondee victorioso y triunfal gracias a nuestros esfuerzos!

La adormecedora rana y el travieso pececillo van a «posar» hoy ante los inspirados artistas del bando pinochista.

El ilustre profesor, el sabio maestro señor Pinocho, para facilitar la labor de sus insignes partidarios ha hecho los dos esquemas que acompañan a nuestras líneas.

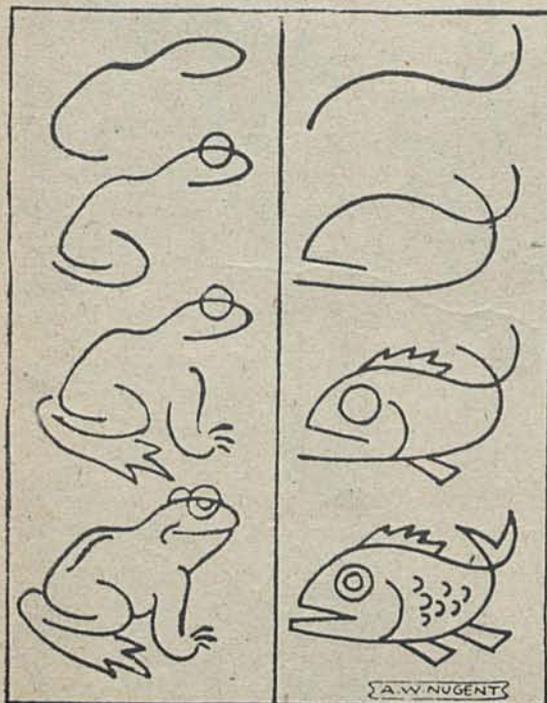
Siguiendo el orden y las indicaciones en ellas dibujadas podéis conseguir reproducir la citada rana y el mencionado pececillo, con tal propiedad, con tal verismo, que ni el mismo don Diego Velázquez de Silva que resucitara pudiera hacerlo mejor.

¡Probar y os convenceréis!
 Un lápiz bien afilado... o mal afilado, como preferáis; un papel y una mesa son los útiles necesarios.

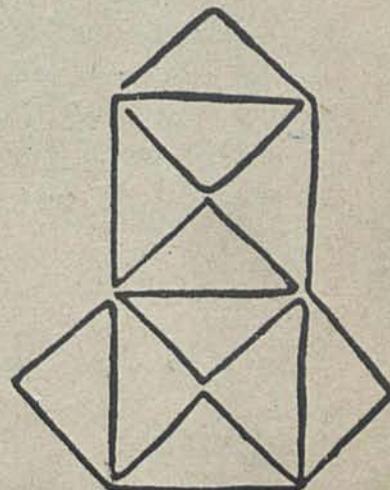
Coged el botijo.

Echaros un largo trago de agua al coletto y tratad de emular a Theothocópulis el Greco.

TODOS DIBUJANTES



UN DIBUJO EXTRAÑO (SOLUCIÓN)



E. Salgari

El boa de las cavernas

TODA la cuenca inmensa del río Amazonas bañada por los ríos más caudalosos de América Meridional está cubierta de bosques y selvas cuya belleza maravillosa es sin rival en el mundo, más goza de pésima reputación a causa de la abundancia extraordinaria de reptiles que viven en ella escondidos bajo aquellas infinitas bóvedas de follaje.

Las boas más colosales se encuentran allí bajo los árboles o suspendidos de las ramas desde las cuales acechan el paso de cualquier animal o de un indio para dejarse caer sobre él y envolver a la presa entre sus anillos: abundan también allí las serpientes, algunas no mayores que el mango de una pluma de escribir, pero que son en cambio más peligrosas aún que las mayores, pues son sumamente venenosas.

¡Ay del imprudente que se aventure a andar por entre aquellos bosques sin ir prevenido de un buen cuchillo o de un machete! No saldrá vivo de allí y morirá triturado entre las espirales terribles del cuerpo de la boa o con mortales heridas inyectadas con el veneno de las serpientes de coral contra el cual no se conoce ningún antídoto.

Hace ahora unos cuantos años ocurrió un gran sobresalto y conmoción inmensa entre los plantadores de la Hacienda de

San Felipe, perteneciente a un rico brasileño que se dedica al lucrativo cultivo del café.

Unos cuantos de sus esclavos negros que se habían internado en el bosque vecino para procurarse leña seca, volvieron llenos de espanto a la plantación diciendo que habían hallado una serpiente tan larga y tan gruesa de cuerpo como no era posible encontrar otra igual.

Don Manuel Herrera, el dueño de la plantación, enterado en seguida de aquel terrible hallazgo, por temor a que sus operarios, esclavos negros casi todos, abandonasen la plantación, hizo llamar a los leñadores para preguntarles y tomar alguna decisión, pues le costaba trabajo creer que realmente hubiesen visto un reptil de tales dimensiones.

En varias ocasiones había visto serpientes monstruosas y aún había matado varias de ellas y había oído, además, hablar a los indios de un monstruo enorme llamado *giloia* que vivía precisamente entre los pantanos y lagunas de la llanura y quizá también en algunas de las cavernas situadas en las márgenes del río Amazonas.

Cuando los cuatro leñadores, acompañados del capataz, llegaron ante él, temblaban los pobres como azogados y





tenían los ojos desorbitados por el espanto hasta el punto de que daba compasión de verlos.

—A ver, cuenta tú Como—, dijo al más viejo—. ¿Qué serpiente es esa que has visto?

—Una serpiente horrible y grandísima, señor—contestó el esclavo con voz enloquecida—. En mi vida he visto otra semejante ni creo que pueda haberla así en todo el valle del Amazonas. Estábamos cortando un árbol seco cuando vimos que la tierra temblaba y luego se elevaba formando un surco inmenso como si algo la fuese levantando.

Espantados por aquel fenómeno, que por el momento nos resultaba inexplicable, huimos en seguida hasta llegar a la parte exterior del bosque.

Entonces fué cuando vimos una cosa espantosa. El terreno se había elevado en forma de loma hinchándose hasta reventar, derribando muchos de los arbustos que allí crecían y al fin de aquella loma tan rara salió una horrible serpiente que debía ser tan gruesa como el cuerpo de un hombre y medir más de veinticinco metros de longitud.

—¿Pero la visteis bien?

—Si señor—, contestaron a una los cuatro negros.

—¿No era un pitón?

—Creo que no—, contestó Como.

—¿De qué forma era?

—Toda negra y cubierta de escamas relucientes.

El plantador se dirigió esta vez al capataz que por ser natural de aquella región y haber viajado mucho podría emitir mejor su opinión.

—¿Crees tú que puedan existir por aquí serpientes tan enormes?—le dijo.

—Señor, quizá sea un *giloia*—respondió el capataz—. Es un reptil raro, cuya existencia fué puesta en duda mucho tiempo, pero que vive en realidad en ciertas comarcas del Amazonas.

—¡Será terrible!

—Me han dicho que tritura a un hombre como si fuera un haz de paja.

—Sin embargo, yo no creo en la existencia de esos monstruos antidiluvianos—dijo el plantador—. No obstante, estoy decidido a ir a ver de qué clase de reptil se trata y si puedo, a matarlo.

—¡No se exponga a tal peligro, señor!

—¿Tendrás acaso miedo de venir conmigo?

—Yo sigo a mi amo hasta el fin del mundo—repitió el capataz—y si va en contra de algún peligro es mi deber acompañarle.

—Pues entonces vamos en busca de ese famoso *giloia*—dijo el plantador con voz resuelta—. Yo no creo a ciegas en su existencia. Prepara mis armas y vete por los perros.

No había pasado aún media hora cuando don Manuel Herrera salía de su casa seguido del capataz y de cuatro mastines enormes de los que se servía para ir de vez en cuando a cazar a los esclavos fugitivos y además para poder hacer frente, en caso preciso a los coguares y jaguares.

Eran perros de una robustez excepcional y todos iban protegidos por gruesos collares de hierro erizados de pinchos afilados a fin de que las fieras no los estrangulasen.

Los cuatros negros ya les habían precedido y debían

esperar en la entrada del bosque. Era ya el mediodía. Un sol ardentísimo dejaba caer sus rayos de fuego sobre las espaldas de los pobres negros dispersos entre las plantaciones de café y un silencio profundo reinaba en todo el ámbito del valle.

Los pajarillos amodorrados por el calor tan intenso no hacían oír sus voces parteras; hasta los mismos papagayos, charlatanes impenitentes estaban silenciosos alineados bajo las hojas inmensas de la palma *jupati* que les cubrían por completo.

Don Manuel y el capataz atravesaron con paso rápido los terrenos sin arboleda por no exponerse a tomar una fuerte insolación, pues es sumamente peligroso en el valle del Amazonas permanecer al sol desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde y soio los negros y los indios pueden desafiarlo impunemente aunque nunca trabajan así sin llevar un sombrero de hojas entrecruzadas.

Afortunadamente el bosque no estaba lejos y allí podrían defenderse del calor del sol.

(Continuará.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



FÍJATE QUE SOL MÁS HERMOSO HACE HOY



NO LO TOQUE, HOMBRE, QUE SE VA USTED A QUEMAR

PERO QUE ME VOY A QUEMAR! ¡SI ME HABIA UNTADO EL DEDO CON SALIVILLA! ¡A VER SI TE CREES QUE YO SOY TONTO!



PUES ESO DICE LA GENTE POR AHI. ¡Y ES QUE A LO MEJOR LEVANTAN CADA CALUMNIA!

¿Y SE PUEDE SABER A DONDE VAMOS POR AQUI?



YA LO VES. CARRETERITA ADELANTE, "TO SEGUIO" "TO SEGUIO"



¿VE USTED QUÈ BIEN CANTAN LOS PAJARITOS?

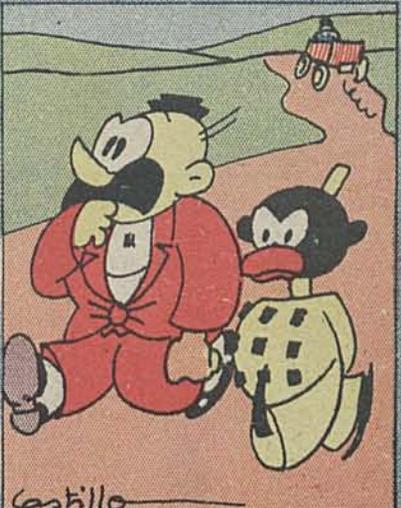
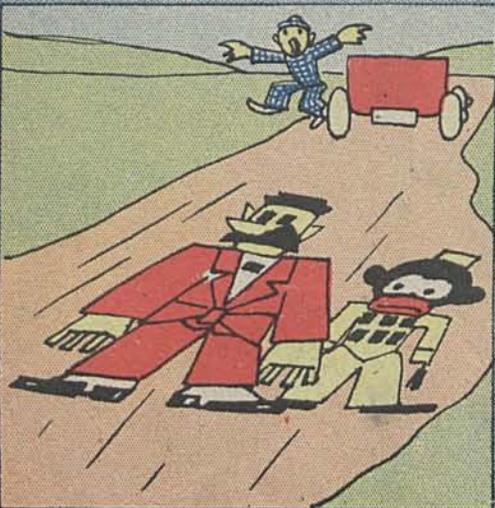
REGULAR, NADA MÁS. CANTO YO MUCHO MEJOR. AHORA VERÁS



QUIEN TE PUSO PETENERA NO TE SUPDO PONER NOMBRE QUE TE DEBIA HABER PUESTO LA PERDISIÓN DE LOS HOMBRES

OLE CON OLE

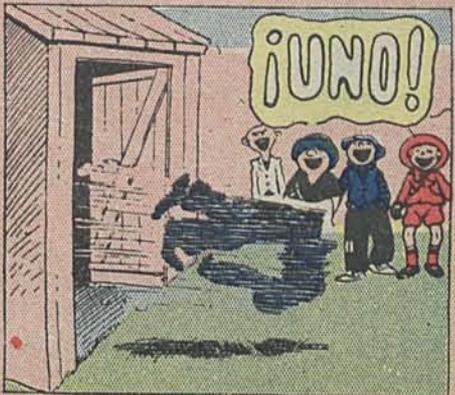
PAR PAR PAR



Castillo



COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL OLVIDO DEL BIEN

LA señora Grunfeld estaba muriéndose; al ver a su hija Elena llorar amargamente, la dijo:
—Hija mía, siento que la vida se me acaba, pero no te aflijas demasiado: confórmate con la voluntad divina, sé siempre buena y honrada, y Dios, que vela por las criaturas todas, no te abandonará nunca en tu infortunio.

—¡Madre mía querida!—dijo sollozando Elena—; ¡qué va a ser de mí en este mundo! Cuando usted muera, yo no tendré nadie que me ampare, y mi vida se deslizará triste y solitaria en medio de las mayores amarguras: ¿quién se compadecerá de mi infortunio?

No bien hubo acabado de decir estas palabras, cuando entró en la habitación la señora de Ehrenhold, persona no rica, pero muy buena y trabajadora y que siempre había profesado gran cariño a la madre de Elena.

—Amiga mía—dijo la enferma—, muerdo con la tranquilidad del que siempre procuró ser bueno en este mundo; sin embargo, una cosa me atormenta, y es pensar en el porvenir de mi pobre hija; apiádate de ella, y cuando yo muera no la abandones.

La señora de Ehrenhold estrechó con cariño la mano de la paciente y le prometió hacer cuanto pudiera por su hija.

Momentos después, la señora Grunfeld entró en la agonía, elevó sus ojos al cielo y lanzando un débil suspiro, murió.

Cumpliendo lo ofrecido, la señora de Ehrenhold acogió con benevolencia suma a la pobre huérfana Elena, y ésta encontró en ella una segunda madre, que con solícito cuidado atendía a sus necesidades todas.

Dicha señora era una excelente bordadora; así es que tenía tanto trabajo, que a veces se pasaba en vela parte de la noche, con objeto de cumplimentar los numerosos encargos que se le hacían.

Para que Elena tuviese un modo de vivir independiente, y al mismo tiempo la ayudase en sus ocupaciones, la señora de Ehrenhold le enseñó a coser y a bordar con un celo verdaderamente maternal.

Por espacio de un año Elena se mostró muy sumisa y cariñosa con su buena protectora, y procuraba darle gusto en todo; pero de repente cambió de proceder, debido a los malos consejos que le daban unas amigas suyas.

Empezó a ser menos trabajadora y obediente, y a veces abandonaba sus deberes sin reparo alguno; se lamentaba de que el trabajo era excesivo y de que, en cambio, disfrutaba de muy pocas diversiones.

Pero esto último, aunque cierto, era un bien para ella, pues con recto criterio no quería la señora de Ehrenhold que adquiriese Elena hábitos y costumbres que luego no podría sostener.

Además, sabía dicha señora perfectamente que así como la holgazanería es la madre de todos los vicios, en cambio el trabajo asiduo alegra el alma y ennoblece el corazón.

Pero Elena no sabía o no quería hacerse esas consideraciones, y cada vez mostraba más enojo por el trabajo. Sus amigas le aconsejaban muy mal, diciéndola:

—Tú eres tonta al no fijarte cómo esa mujer te está explotando: te da mucho trabajo, se cobra tu jornal y nunca quiere llevarte a bailes ni a teatros. ¿Por qué no la abandonas?

Poco a poco se fué olvidando de los inmensos favores que a su bienhechora debía.

La señora de Ehrenhold notaba con tristeza el cambio que en Elena se había operado, y ésta, que cada vez era más discol, la dió a entender indirectamente que deseaba separarse de ella.

Su corazón bondadoso se entristecía al considerar que, si abandonaba a Elena, ésta correría seguramente a su perdición, y ante este temor la perdonaba una porción de faltas.

Como Elena estaba tan mal aconsejada, creyó que las consideraciones que su protectora le tenía obedecían únicamente al temor de una separación, y desde entonces su carácter se hizo aún más insufrible y altanero.

La señora de Ehrenhold no sabía qué decisión tomar.

—Yo confiaba—decía—que esta joven sabría pagarme los





favores recibidos, y que sería el báculo de mi vejez; pero ¡cuánto me he equivocado!

Al cabo de un año de sufrimientos, la señora de Ehrenhold sintió resentida su salud, y, cuando confiaba en que Elena se encargaría de los trabajos que ella no podía hacer, vió frustradas sus últimas esperanzas, pues la desagrada-
decida joven le manifestó su irrevocable deseo de entrar al servicio de una baronesa, con quien ya se había comprometido.

—¿Qué piensas hacer, ingrata? —le dijo la señora de Ehrenhold—. ¿Vas a abandonarme ahora, que es cuando necesito de tus cuidados?

Lágrimas, ruegos, todo fué inútil; la altiva Elena dijo que había dado su palabra y que no podía faltar a ella.

Grande fué el desconsuelo en que quedó sumida la bondadosa señora de Ehrenhold; sus males se hicieron mayores, y no pudiendo trabajar sino muy poco, tuvo necesidad de malvender unas yugadas de tierra, que era lo único que había heredado de sus padres.

Pasado el verano vino Elena con sus amos a la ciudad, y la señora de Ehrenhold creyó que se apresuraría a visitarla, pero sufrió un nuevo y terrible desengaño.

No tan sólo no se presentó Elena en casa de su protectora, sino que, una vez que en la calle la encontró, se hizo la distraída y pasó de largo sin saludarla siquiera.

Semejante conducta entristeció de tal modo a la señora de Ehrenhold, que empeoró en su enfermedad.

—¡Gran Dios!—exclamaba sollozando—. ¿Cómo es posible que el corazón humano encierre tanta ingratitud? ¿No he sido yo para Elena una madre cariñosa? Pues, si esto es cierto, ¿cómo al ver que estoy enferma y abandonada, no se ablanda su corazón, sino que, por el contrario, me desprecia?



La ingratitud es la peor cualidad que puede abrigar el corazón humano.

Pero Dios, que siempre se apiada de los buenos, quiso dar un consuelo a tan bondadosa y desgraciada señora.

Una honrada familia que vivía en el mismo pueblo, compadecida de la triste situación de la señora de Ehrenhold, la acogió con benevolencia suma, y

la dió todo lo indispensable para que pudiera vivir.

Mientras tanto, Elena, que se había casado con un criado del barón, se creía la más feliz de las mujeres; pero su perversa conducta merecía un fuerte castigo, como en efecto lo tuvo.

Su marido se hizo borracho y jugador, y en poco tiempo dió buena cuenta del dinero que Elena tenía ahorrado.

Un día en que no tenía absolutamente nada en casa, vinieron a avisarle que su marido se había caído del caballo y estaba mortalmente herido.

Al poco rato se lo llevaron en un estado horrible, y pronto murió.

Otra vez se encontraba Elena sola en este mundo, y ahora en una situación mucho peor que al principio, pues no sabía a quién dirigir sus miradas suplicantes.

La primera persona de quien se acordó fué de su bondadosa protectora, pero creyó que ésta le guardaría un rencor profundo por la manera tan indigna que tuvo de portarse con ella.

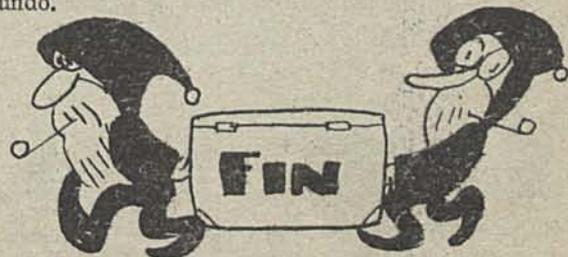
Sin duda Elena ignoraba que en los corazones verdaderamente cristianos no cabe rencor alguno.

Por último, y no sabiendo qué partido tomar, se dirigió a verla, dispuesta a echarse a sus pies.

Llegó, pues, a la casa de la señora de Ehrenhold; solicitó permiso para entrar en su habitación y, anegada en lágrimas, le expuso toda la magnitud de su infortunio, pidiéndole al mismo tiempo le perdonase su ingrato proceder.

La señora de Ehrenhold, profundamente conmovida, recibió a Elena en sus brazos, y la dijo:

—Hija mía, mucho me has hecho sufrir; pero doy al olvido todo lo pasado. Vuelve otra vez a vivir conmigo, y ten presente siempre que quien olvida los favores recibidos, por pequeños que ellos sean, no puede ser nunca feliz en este mundo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime curiosísimo Chonón ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Me pones en un grave aprieto, mi sabio buho. He estado durmiendo hasta ahora y me coge de sorpresa tu pregunta. No se me ocurre nada, absolutamente nada, en este momento. Te convido a tomar el chocolate conmigo y así, durante el desayuno, ya se nos ocurrirá algún tema.

—Acepto tu invitación. Vamos a desayunar a ver si nos inspiramos.

—¿Recuerdas alguna cosa extraordinaria, curiosa, digna de ser motivo para nuestra charla?

—Claro que sí. Muchísimas. El mundo está lleno de cosas curiosas y extraordinarias.

—Pues hálblame de cualquiera de ellas. De la que a tí te parezca mejor.

—Pues mira; en este instante, que acaba de dar el reloj las campanadas de las nueve viene a mi memoria el recuerdo de un reloj curiosísimo que tuve oportunidad de ver y admirar no hace mucho tiempo. Es sin duda alguna una curiosidad excepcional que merece una charla.

—¿Ves, querido buho, como siempre tienes tema para hablarme?

—Pero eso ¿quién lo ha dudado? Si te pregunto, es solamente por si tu curiosidad se ha fijado en un asunto determinado. Por lo demás, ya sabes, que tu amigo el sabio buho, es una enciclopedia con gafas, plumas y sombrero de copa.

—Eso que tu dices. Una enciclopedia de muchísimos tomos, muy voluminosos, metida en una cabecita muy pequeña. Venga, pues, esa charla y suelta por ese pico lo que quieras decirme del reloj maravilloso. ¿Es acaso el reloj de Lucerna?

—Nada de eso. Ni es tampoco el célebre reloj del campanile de San Marcos, ni el monumental de la torre del Parlamento inglés, ni el carrillón de Colonia, ni el Papamoscas de Burgos, ni siquiera el de la torre del ministerio de la Gobernación de Madrid. El reloj de que voy a hablarte es de modérrima popularidad y, sin embargo, gana a todos los que te he citado en complicado mecanismo y en utilidad práctica. Además, y este detalle es tal vez el de más importancia, está hecho por las primorosas manos de un solo hombre, que con esta obra de maravilla ha batido tal vez el record de la paciencia y de la precisión.

—¿Algún chinito?

—No, señor Chonón. No es ningún chinito. Esta vez se trata de un sacerdote húngaro llamado Celestino Odrey.

—Y habrá pasado casi toda su vida consagrado a la construcción del reloj.

—Tu lo has dicho. Treinta años ha necesitado para llevar a feliz término su obra. ¡Treinta años!

—Bueno, dime en qué consiste la maravilla del relojito porque ya me has puesto los nervios en tensión.

—Este reloj, como casi todos los relojes, da las horas, las medias y los cuartos.

—Eso no es novedad. El de mi comedor también las dá.

—Pero tu reloj solo da las campanadas correspondientes al horario de un meridiano, al de Madrid ¿no es eso?

—Claro.

—Pues el reloj del señor Odrey casi no cesa de tocar porque anuncia las horas de las trece ciudades más importantes del mundo.

—Eso ya es otra cosa.

—Además señala los datos astronómicos de esas trece ciudades. Marca los meses, las semanas, los días, las estaciones, las fiestas del calendario y las fases de la luna.

—Maravilloso.

—Hay más aún. El reloj encierra en su misterioso cuerpo una caja de música y un pequeño diorama. Y cuando dan las doce del día, deja oír un lindo aire musical después del cual desfilan por el diorama los personajes más célebres de la Biblia. Cuando este desfile termina, un disco de gramófono recita un Ave María.

—Parece una cosa de cuento ¿verdad mi amigo buho?

—Ya te he dicho que el relojito es una maravilla.

—Muchas maravillas, dirás mejor.

—Muchas en una. Y aún faltan otras habilidades del reloj. Por medio de la electricidad sirve de excelente radiador para que en el invierno sea de bienestar su compañía, y en el verano, en cambio, proporciona la agradable brisa de un suave ventilador.

—Si que es una alhaja el cronómetro.

—Espera, que no he terminado aún, curioso Chonón. El reloj del señor Odrey, dispone de teléfono y de máquina fotográfica. Y... falta lo más maravilloso.

—¿Todavía?

—Faltaba la utilidad más práctica del complicado mecanismo. Por unos hilos especiales registra la hora en que sale una persona de la casa, y la de su regreso. Es un despertador excelente, pues no solamente despierta, sino que enciende la luz de la alcoba y calienta el café del desayuno.

—¿No me estás gastando una broma, querido buho?

—Te hablo completamente en serio. Ten presente que durante treinta años, dedicados sin interrupción a una misma cosa, puede hacerse de ella un verdadero prodigio. El mayor mérito de esta obra está, más que en la obra misma, en la pacienzuda constancia que se necesita para durante tanto tiempo no cansarse en perfeccionar un mecanismo que tanto minucioso trabajo requiere.

—¿Y no le reservas ningún mérito al reloj?

—Muchísimo. ¡Qué duda cabel! Una vez terminado es una obra para colocarla en un museo. Ha de producir la admiración de todos los que tengan la suerte de verla, como la he visto yo.

—¡Qué suerte has tenido! ¿Cómo te las arreglas para ver tantas cosas?

—Las alas, querido amigo. Si tu tuvieses alas, verías también muchísimas cosas que no has visto. Tú no sabes lo cómodo que resulta tender el vuelo y colocarse donde a uno le conviene.

—Te aseguro que si pudiese volar me transportaría ahora mismo a ver el reloj del señor don Celestino Odrey.

—¡Ah! se me olvidaba otro detalle curiosísimo del reloj. Dispone de un tubo acústico y cuando algún amigo acude a casa del señor Odrey en ocasión en que éste se halla fuera de su domicilio, contesta tan pronto oprimen el botón de llamada. «Mi señor no está en casa. Volverá a tal hora».

—No hay que decir que con tanto mecanismo el tamaño del reloj será enorme.

—Naturalmente. Fácil es comprender que un mecanismo para tantos resultados no cabe en un reducido espacio. Su autor ha emprendido un viaje de exhibición por Europa y ha necesitado un camión para instalar en él su maravilloso reloj y sus accesorios.

—¡Cuánto me gustaría tener ocasión de verlo por España! ¿Tú crees que vendrá por aquí?

—No lo sé. Eso depende exclusivamente de la voluntad del señor Odrey.

—Esperemos, pues, y vamos con el chocolate, que casi estará ya frío.

—Tienes razón. ¿Ustedes gustan?



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

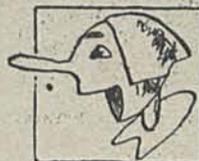
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



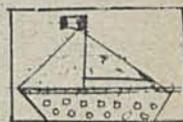
Caza segura.—R. Casales



Busto ideal
Francisco Castillo



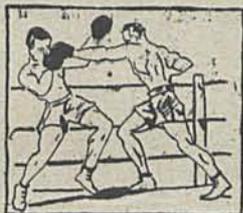
Pinocho
Agustín Jiménez



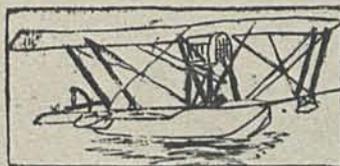
Un buque.—S. F.



Tom Mix
Paquito Seguí



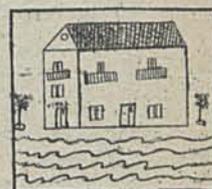
Buen directo.—E. Cortón



Hidroavión.—José Llacer



Un castillo feudal
Elisa Fernández



La casita de mi abuela
Encarnación de la Fuente



Flamenco
Rafael Moreno



Suerte de capa
E. Rodríguez



Pinocho
Mi Baños



Mi amigo
V de Androsco



Mi florero
Doncha Pastor



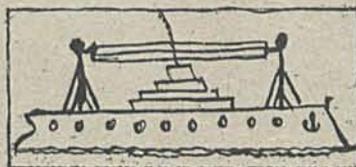
Oye, Morronguis, ¿Por qué eres tan negro?
¡Tomal Porque nací de noche
Alfonsito Soto



Una niña bien
Purita Hergueta



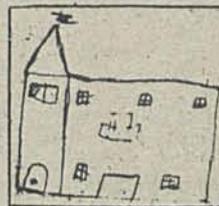
Zamora parando
F. Bermúdez



Un acorazado.—F. Vilariño



Mi caballo.—Sgundo Martínez



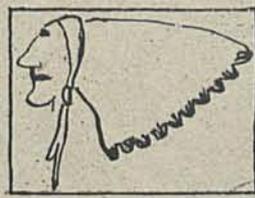
La iglesia de la aldea
Rosa Serena



Un faro
Luis Pinilla



Escena.—Pedro Lara



Indio.—Carlos Zulueta



Pinocho en León
Santiago Rodríguez



Un pato
María Samanlogo



De merienda.—P. Pino



Mi amigo
Gumerindo Gómez

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS CINCO CABEZAS



¡Cualquiera dirá que en este berengenal de locos, en esta sucursal del campo de Agramante, hay cinco personas!

¡Y sin embargo las hay!

Intentad buscarlas y veréis cómo tropezáis con sus cabezas en seguida.

No olvidarlo.

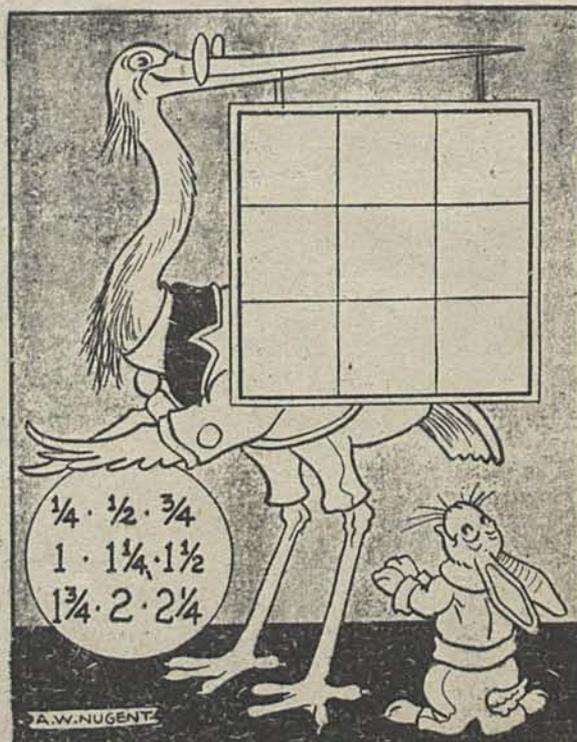
Son cinco cabezas.

Si las encontráis don Turulato os lo agradecerá, pues por más que él ha hecho no ha logrado encontrarlas.

¿Seréis más afortunados que él?

No lo dudo.

LA AVESTRUZ MATEMATICA



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 285 DE AGOSTO.

Envío del Pinochista D.

Se trata de que coloquéis en cada uno de los departamentos del cuadrado una cantidad, en números quebrados, comprendida

entre 1 y 3 ($\frac{1}{4}$, $\frac{1}{2}$, $1\frac{3}{4}$, 2, $2\frac{1}{4}$, et.) de forma que una vez llenos todos los departamentos la suma de ellos, horizontal y verticalmente sea siempre 3 y $\frac{3}{4}$.

Un poquillo difícil es pero como ya habéis resuelto cosas más difíciles no dudo de que en esta ocasión lograréis triunfar también.

Un poco de paciencia y a trabajar.

ANITA BUEN- CORAZON



¿ESTAIS ABURRIDOS?
¿NO SABEIS CON QUÉ EN-
TRETENEROS? ¡YO TAM-
BIEN ESTOY ABURRIDA!



¡VAMOS A DAR UN PASEO
A VER SI HALLAMOS MO-
TIUO PARA DISTRAER-
NOS!



¡CARAMBA,
QUÉ IDEA!



¡YA HE HALLADO AL-
GO CON QUE DIVERTI-
RME! ¡AHORA VAIS
A VER!



¡VAMOS A HACER RO-
DAR ESTE CILINDRO
SUBIENDONOS ENCIMA
DE EL!



¡MUY BIEN PELUCHO!
¡ASI SE HACE, ASI!
¡BRAVO!



¡EH!



¡EA; YA TE DISTE EL
MORRÓN! ¡ESO HA
SIDO POR DIS-
TRAERTE!



¡MIRA COMO LO
HAGO YO! ¡SIN
DISTRAERME!



¡OOP!



¡PLAF!



¡NOS HA ESTADO BIEN
MERECIDO POR BUS-
CAR ENTRETENIMIEN-
TOS PELIGROSOS!



Pub. U. S. Pat. Off. | Copyright, 1934, by The Clegg Trust Co.

SECCIÓN PIRULA

Charitas de Pirula... bordadora

SL... NO... SL... NO...



A las niñas y a las muñecas nos suelen gustar mucho las flores; pero unas más que otras, ¿no es verdad?

Por ejemplo, hay muchas Pirulindas que prefieren la rosa, porque parece una reina, o el clavel, porque parece un príncipe, o la camelia porque parece de porcelana, o la violeta por su modestia, o el jazmín por su perfume, o el tulipán por sus colores.

También me han asegurado que hay Pirulindas que deliran por la flor de la patata o por la del guisante; no os riáis; estas pobres florecillas no son sin duda ni muy poéticas, ni muy lujosas porque nacen en la huerta en lugar de nacer en un jardín, pero son bonitas.

Y es que todas las flores son bonitas; les pasa lo que a las niñas que todas son encantadoras y lo mismo tiene que vivir en un palacio que en una bohordilla y vistan de seda o de harapos.

Lo que a mí me ha sorprendido más de una vez, es la preferencia de mi Pirulinda Rita, a quien la entusiasman las margaritas. Puesta a elegir, ¿no os parece natural que la elección recaiga en una flor que además de ser bella, huele bien? Y la margarita no huele ni poco ni mucho.

Como Rita no se llama Rita, sino que, Rita es el diminutivo de su verdadero nombre, Margarita, me he preguntando a veces si lo que le gusta en esa flor es que sea tocaya suya, lo mismo que mi otra Pirulinda Sol que es—¿os acordáis? os lo conté hace dos semanas—una entusiasta del sol su tocayo.

Pero no; si a Rita le gustan tanto las margaritas es porque esta es la única flor que, según ella asegura... habla.

¿Vosotras habeis oído alguna vez hablar una margarita que no sea una persona? Yo no; ni Rita tampoco; ni nadie; como que las margaritas la hablan sin voz.

Ya habréis adivinado que lo que hacen las margaritas es deciría si o no; mejor dicho, quien lo dice es la propia Rita al arrancarles uno por uno sus blancos pétalos.

Claro que es un juego un poco cruel, pero Rita lo hace sin mala intención; la encanta preguntar a las margaritas todo lo que debe hacer y asegura que las margaritas siempre la aconsejan bien.

Esto sucede sobre todo en verano; en invierno no le es tan fácil a Rita proporcionarse margaritas para deshojarlas; las que hay a veces en casa están en floreros, adornando las habitaciones y mamá no se las pone en las deshozonas manitas de su hija, hasta que están marchitas.

Rita se desquita ahora, en el campo, con todas las margaritas que encuentra.

Si mamá la dice: ¿Quieres merendar pan y chocolate? ¿O prefieres fruta? Rita indecisa coge

una margarita y pregunta: «¿Pediré pan con chocolate?» y empieza a arrancar los pétalos diciendo: «sí... no...»

Y lo mismo hace para saber si debe ir de excursión con sus primos o si la conviene más quedarse a jugar en el jardín; si es mejor empezar a bordar los sobres para las servilletas o hacer vainicas en los pañitos para las bandejas. Si debe ponerse su vestido de vuela blanca o el de cretona florida.

Lo más gracioso es que Rita no se contenta con pedirles consejo a las margaritas; también las utiliza para «predecir el porvenir».

Y les hace preguntas como la siguiente: «¿lloverá esta tarde? ¿Recibiré hoy carta de mi amiga Carlota? ¿Me dejará mamá ir a jugar un partido de tennis? ¿Me creeréis si os digo que a veces la flor acierta?; pues sí, a veces acierta, pero son muchas más las que se equivocan.

Así, un día el último pétalo dijo rotundamente «¡no!» a la pregunta de si llovería por la tarde; y la muy bobota de Rita se fué de excursión con un vestido ligero y lo que cayó aquella tarde, fué algo así como para dejar el diluvio universal a la altura de un chorro arrojado por el pitorro de un botijo madrileño. Esto no impidió que otro día Rita preguntase a una margarita si irían aquella tarde a verla sus amigas Charito y Milagros que veraneaban en un pueblo cercano; y como la respuesta fué que sí, se empeñó en quedarse en casa y se estuvo toda la tarde, sola, esperando la visita... que no llegó.

Sentiría que creeréis que Rita es tonta; no, no lo es ni tanto así; y en cuanto se convenza de que una flor no sirve para aconsejar, ni puede predecir el porvenir (claro que esto no lo hace ni una flor, ni una persona) utilizará las margaritas como adorno en los floreros... y en los vestidos.

Lo de los vestidos lo digo por el motivo de bordado que acabo de dibujar y que representa, como puede verse, una margarita a la cual le faltan unos pétalos que, sin duda, Rita le acaba de arrancar.

Es un bordado que sirve lo mismo para hacerlo en una mantelería en algodón blanco, y con el centro de la flor amarillo (hecho de nuditos), que para reproducirlo en varios colores en un trajeo veraniego de vuela o de hilo.

Ahora que a Rita no la aconsejo que se haga este bordado en un traje suyo; porque a lo mejor le da la tentación de consultar la margarita bordada «sí... no... sí... no...» y arranca sus pétalos bordados y ¡adiós labor y adiós vestido!

